

MAUREEN JOHNSON

TRECE
SOBRES
AZULES

Traducción:

SONIA F. ORDÁS

MAEVA  young

Regla #1:

Solo podrás llevar lo que quepa en la mochila. No intentes hacer trampas con un bolso o cualquier otro tipo de equipaje de mano.

Regla #2:

No podrás llevar guías de viaje, diccionarios ni ninguna otra ayuda para idiomas extranjeros. Y nada de periódicos.

Regla #3:

No podrás llevar dinero extra, cheques de viaje, tarjetas de crédito o débito, etcétera. De esa cuestión ya me ocupo yo.

Regla #4:

Nada de aparatos electrónicos. Esto significa que nada de ordenador portátil, ni teléfono móvil, ni música, ni cámara. No podrás llamar a casa ni comunicarte con nadie de Estados Unidos por teléfono o Internet. Se acepta y se recomienda el envío de cartas y postales.

Esto es todo lo que necesitas saber por ahora. Nos vemos en El Cuarto Fideo.



Querida Ginger:

Nunca he sido muy amiga de respetar las reglas y lo sabes. Así que te parecerá algo chocante que esta carta esté llena de reglas escritas por mí que quiero que cumplas.

«¿Reglas para qué?», te estarás preguntando. Tú siempre hacías preguntas inteligentes.

¿Recuerdas cuando jugábamos a «Hoy vivo en...», cuando eras pequeña y venías a verme a Nueva York? (Creo que mi favorita era «Hoy vivo en Rusia». Siempre jugábamos a vivir en Rusia en invierno. Íbamos a ver la colección de arte ruso del Metropolitan, a pisar nieve a Central Park y después a ese pequeño restaurante ruso del Village que tenía aquellos encurtidos deliciosos y aquel caniche sin pelo tan raro que se sentaba frente a la ventana y ladraba a los taxis.)

Me gustaría volver a jugar de nuevo, solo que esta vez vamos a darle un sentido más literal. El juego de hoy será «Vivo en Londres». Fíjate que he metido mil dólares en metálico en el sobre. Son para que te saques el pasaporte y compres un vuelo de ida de Nueva York a Londres y una mochila (guárdate unos cuantos dólares para el taxi al aeropuerto).

Cuando hayas sacado el billete y preparado la mochila y te hayas despedido de todo el mundo, quiero que vayas a Nueva York. Concretamente, a El Cuarto Fideo, el restaurante chino que hay debajo de mi apartamento. Te estarán esperando. Dirígete directamente al aeropuerto desde allí.

Estarás fuera varias semanas y tendrás que viajar al extranjero. Estas son las reglas a las que me refería que registrarán tu viaje:

Regla #1: Solo podrás llevar lo que quepa en la mochila. No intentes hacer trampas con un bolso o cualquier otro tipo de equipaje de mano.

Regla #2: No podrás llevar guías de viaje, diccionarios ni ninguna otra ayuda para idiomas extranjeros. Y nada de periódicos.

Regla #3: No podrás llevar dinero extra, cheques de viaje, tarjetas de crédito o débito, etcétera. De esa cuestión ya me ocupó yo.

Regla #4: Nada de aparatos electrónicos. Esto significa que nada de ordenador portátil, ni teléfono móvil, ni música, ni cámara.

No podrás llamar a casa ni comunicarte con nadie de Estados Unidos por teléfono o Internet. Se acepta y se recomienda el envío de cartas y postales.

Esto es todo lo que necesitas saber por ahora.
Nos vemos en El Cuarto Fideo.

Con cariño,
TU TÍA LA FUGITIVA

Un paquete como un buñuelo relleno

Como norma general, Ginny Blackstone intentaba pasar desapercibida; algo prácticamente imposible con quince kilos (la había pesado) de mochila verde y morada a la espalda. No quería ni pensar en toda la gente a la que había golpeado mientras la llevaba a cuestas. Ese tipo de cosas no estaban pensadas para moverse por Nueva York. Bueno, en realidad por ninguna parte..., pero sobre todo por el East Village de Nueva York una cálida tarde de junio.

Y además se había pillado un mechón de pelo con la tira de la mochila del hombro derecho, así que se veía obligada a llevar la cabeza un poco inclinada. Aquello no ayudaba mucho.

Habían pasado más de dos años desde la última vez que Ginny había estado en el ático de El Cuarto Fideo, o «el sitio ese encima de la fábrica de grasa», como sus padres preferían llamarlo. (No les faltaba razón. El Cuarto Fideo era un sitio bastante grasiento. Pero era grasa de la rica, y además hacían los mejores buñuelos del mundo.)

Su mapa mental se había desdibujado un poco en los últimos dos años, pero el nombre de El Cuarto Fideo contenía en sí mismo la dirección: en la esquina de la calle Cuatro con la avenida A. Las avenidas con letra

estaban al este de las de los números y se internaban en el Village, tan de moda, donde la gente fumaba, llevaba prendas de látex y nunca recorría las calles arrastrando los pies cargada con mochilas del tamaño de un buzón de correos.

Allí estaba: el modesto restaurante de comida asiática junto a El Tarot de Pavlova (con su nuevo letrero luminoso de color morado que emitía un zumbido), justo enfrente de la pizzería que exhibía el dibujo de una rata gigante en la pared.

Al abrir la puerta, Ginny sintió una fuerte ráfaga de aire acondicionado y oyó un repiqueteo de campanillas. Detrás del mostrador se encontraba una mujer con aspecto de duendecillo que atendía tres teléfonos a la vez. Era Alice, la propietaria del restaurante y vecina favorita de la tía Peg. Cuando vio a Ginny, esbozó una amplia sonrisa y levantó un dedo para indicarle que esperase.

–Ginny –dijo mientras colgaba dos de los teléfonos y dejaba el tercero encima del mostrador–. Paquete. Peg.

La mujer desapareció tras una cortina de bambú que ocultaba la puerta que conducía a la parte trasera. Alice era china, pero hablaba inglés perfectamente (eso decía la tía Peg). Pero como le gustaba ir al grano (El Cuarto Fideo era un negocio muy dinámico), utilizaba palabras sueltas que sonaban algo bruscas.

Nada había cambiado desde la última visita de Ginny. Miró las fotografías iluminadas de comida china, las imágenes plásticas y brillantes de gambas con sésamo y pollo con brécol. Resplandecían, pero no de un modo apetecible, sino más bien como si fueran radiactivas. Los trozos de pollo brillaban demasiado y eran de un color naranja chillón. Las semillas de sésamo eran demasiado blancas

y se veían enormes. El brécol era tan verde que parecía vibrar. Allí estaba la foto ampliada y enmarcada del alcalde Rudy Giuliani junto a una Alice exultante, tomada un día que se dejó caer por allí.

Sin embargo, fue el olor lo que le resultó más familiar. El olor penetrante y grasiento de los pimientos y la carne de ternera y cerdo al guisarse, y el aroma dulzón de los recipientes de arroz humeante. Aquel era el olor que se filtraba y aromatizaba el piso de la tía Peg. Despertó los recuerdos de Ginny de tal manera que estuvo a punto de volverse para ver si la tía Peg estaba detrás de ella.

Pero, por supuesto, eso era imposible.

–Toma –dijo Alice, que reapareció tras la cortina drapada con un paquete de papel marrón en la mano–. Para Ginny.

En efecto, el paquete –un sobre acolchado lleno a reventar– estaba dirigido a ella, Virginia Blackstone, a través de Alice de El Cuarto Fideo, Nueva York. Tenía matasellos de Londres y estaba cubierto de una ligerísima capa de grasa.

–Gracias –dijo Ginny tratando de recoger el paquete con algo de dignidad, teniendo en cuenta que ni siquiera podía inclinarse sin caerse de narices sobre el mostrador.

–Saluda a Peg. De mi parte –dijo Alice mientras alcanzaba el teléfono y se lanzaba de lleno a la tarea de tomar nota del siguiente pedido.

–Bueno... –dijo Ginny asintiendo–. Sí, claro.

En cuanto salió a la calle, mientras escrutaba nerviosa la avenida A en busca de un taxi, Ginny se preguntó si debería haberle contado a Alice lo que había pasado. Pero el pánico atroz que le causaba la tarea que tenía por delante enseguida ocupó sus pensamientos. Los taxis

eran bestias amarillas que recorrían Nueva York a toda velocidad y llevaban volando a la gente a los distintos sitios adonde tenían que ir y dejaban a los peatones aterrorizados en busca de refugio.

No, pensó mientras levantaba una mano con timidez, tan alto como fue capaz, y aparecía una horda en busca de presa. No había ninguna necesidad de contarle a Alice lo que había pasado. Incluso a ella le costaba creerlo. Además, tenía que irse.

Las aventuras de la tía Peg

Cuando la tía Peg tenía la edad de Ginny (diecisiete), se escapó de su casa de Nueva Jersey justo dos semanas antes de la fecha en que tenía que incorporarse a la prestigiosa universidad femenina de Mount Holyoke con una beca completa. Regresó una semana después y pareció sorprendida de que todo el mundo estuviera tan disgustado. Tenía que pensar cuáles serían sus objetivos en los estudios, explicó, así que había ido a Maine y allí conoció a varias personas que construían barcos de manera artesanal. Además, ya no iba a ir a la universidad, informó. Iba a tomarse un año sabático para trabajar. Y eso hizo. Renunció a la beca y pasó el año siguiente trabajando como camarera en una gran marisquería en el centro de Filadelfia y compartiendo un pequeño apartamento en South Street con otros tres compañeros.

Al año siguiente, la tía Peg ingresó en una pequeña universidad de Vermont donde no ponían notas y se especializó en pintura. La madre de Ginny, hermana mayor de la tía Peg, tenía una idea bastante clara de lo que significaba especializarse en las universidades «de verdad», y aquella no era una de ellas. Para ella, especializarse en pintura era una insensatez comparable a especializarse en hacer fotocopias o en recalentar las sobras de la comida.

La madre de Ginny había nacido con espíritu práctico. Vivía en una casa muy bonita y tenía un bebé (Ginny). Animó a su hermana pequeña a que se hiciera economista, como ella. La tía Peg respondió con una carta en la que decía que iba a cursar arte interpretativo.

En cuanto se graduó, la tía Peg se fue a Nueva York, se mudó al ático de El Cuarto Fideo y ya no se movió de allí. Fue casi la única constante en su vida. Cambiaba de trabajo sin cesar. Fue gerente en una tienda muy importante de artículos de arte hasta que, por desgracia, tecleó el cero demasiadas veces en un pedido por Internet. Se quedó sorprendida cuando recibió doscientos caballetes italianos hechos por encargo y sin posibilidad de devolución en lugar de los veinte que tenía que haber comprado. Tuvo un trabajo temporal como telefonista en el cuartel general del empresario millonario Donald Trump hasta que un día atendió una llamada del mismísimo jefazo. La tía Peg creyó que era uno de sus amigos actores imitando a Donald Trump, así que sin dudar lo lanzó un discurso sobre los «gilipollas capitalistas con peluquines espantosos». Disfrutaba relatando la experiencia de cómo dos guardias de seguridad la habían acompañado a la puerta de salida del edificio. Ese era el tipo de cosas que había hecho la tía Peg hasta que su carrera artística despegó.

Cada nueva ocurrencia de la hermana pequeña volvía a traer de cabeza a la madre de Ginny, que siempre le recordaba a su hija que, si bien debía querer a su tía, tenía que evitar ser como ella. En realidad, ese riesgo nunca existió. Ginny estaba demasiado bien educada y era demasiado normal como para que aquello supusiera una amenaza. Pero le encantaba ir a ver a la tía Peg. Sus visitas, aunque muy irregulares y no demasiado frecuentes,

eran experiencias mágicas durante las cuales las normas convencionales se dejaban a un lado. Las cenas no tenían por qué ser equilibradas, ni a una hora prudente; podían consistir en *kebabs* afganos y helado de sésamo negro a medianoche. Las tardes no eran para pasarlas frente al televisor. A veces recorrían *boutiques* y tiendas de vestuario de teatro y se probaban las cosas más caras y extravagantes que encontraban, cosas que habrían hecho que Ginny se muriera de vergüenza si se las tuviese que probar delante de otra persona, y que a menudo tenían un precio tan prohibitivo que casi se sentía tentada a pedir permiso para tocarlas. «Es una tienda –decía siempre la tía Peg mientras se colocaba unas gafas de sol de quinientos dólares y cristales como platos sobre el enorme sombrero de plumas–. Todo esto está aquí para que nos lo probemos».

Lo mejor de la tía Peg era que, cuando estaba con ella, Ginny se sentía más interesante. No permanecía callada y sumisa. Era más ruidosa. La tía Peg la hacía ser diferente. Y la tía Peg le había prometido que siempre, durante los años de instituto y de universidad, estaría allí para guiarla. «Será entonces cuando me necesites», decía siempre.

Un día de noviembre, cuando Ginny estaba en su segundo año de instituto, el teléfono de la tía Peg dejó de funcionar. La madre de Ginny suspiró y se imaginó que no había pagado la factura. Así que ella y Ginny subieron al coche y fueron a Nueva York a averiguar qué ocurría. El apartamento situado encima de El Cuarto Fideo estaba vacío. El portero les dijo que la tía Peg se había marchado hacía unos días y que no había dejado dirección. Sin embargo, sí había dejado una nota debajo del felpudo

que decía: «Era algo que tenía que hacer. Pronto tendréis noticias mías».

Al principio, nadie se preocupó demasiado. Dieron por hecho que era otra de las espantadas de la tía Peg. Pasó un mes. Luego otro. Terminó el semestre de primavera. Después llegó el verano. La tía Peg había desaparecido, sin más. Por fin llegaron unas postales en las que, con pocas palabras, aseguraba que se encontraba bien. Tenían matasellos de distintos lugares –Inglaterra, Francia, Italia–, pero no daban más explicaciones.

De modo que la tía Peg era exactamente el tipo de persona que la enviaría sola a Inglaterra con un paquete recogido en un restaurante chino. No tenía nada de sorprendente.

Lo sorprendente del asunto era que la tía Peg llevaba tres meses muerta.

Había sido un golpe difícil de encajar. La tía Peg era la persona más llena de vida que Ginny había conocido. Y además solo tenía treinta y cinco años. A Ginny la cifra se le quedó grabada en la cabeza porque su madre no paraba de repetirla una y otra vez. Solo treinta y cinco años. Se supone que la gente vital de treinta y cinco años no se muere. Pero la tía Peg sí. Un médico llamó desde Inglaterra y les explicó que a la tía Peg se le había manifestado un cáncer; que se había extendido con rapidez, que lo habían intentado todo pero no habían podido hacer nada.

La noticia... la enfermedad... A Ginny todo le parecía lejano. En cierto modo, nunca se lo terminó de creer. La tía Peg seguía viva en algún rincón de su mente. Y en cierto modo, Ginny volaba hacia ella en aquel avión. Solo la tía Peg podía hacer que ocurriera algo así. Pero también Ginny había tenido que poner algo de su parte. En

primer lugar, había tenido que convencerse de que sería capaz de seguir la corriente de algo que a todas luces parecía un ataque de locura de una tía que no se caracterizaba precisamente por su formalidad. Cuando lo consiguió, tuvo que convencer a sus padres de lo mismo. Algunos tratados de paz muy importantes tardaron menos tiempo en negociarse.

Pero ahora estaba allí. Ya no había vuelta atrás.

En el avión hacía frío. Mucho frío. Las luces estaban apagadas, y desde las ventanillas el exterior se veía completamente negro. Todo el mundo excepto Ginny parecía dormido, incluidos los pasajeros que tenía a cada lado. No podía moverse sin despertarlos. Ginny se envolvió en la pequeña y poco eficaz manta de la compañía aérea y aferró el paquete contra su pecho. Aún no había tenido el valor de abrirlo. Por el contrario, se había pasado la mayor parte de la noche mirando una sombra alargada y varias luces parpadeantes a través de la ventanilla oscurecida, convencida primero de que era la costa de Nueva Jersey y después quizá la de Irlanda o Islandia. No fue hasta el amanecer, a punto ya de aterrizar, cuando se dio cuenta de que se había pasado todo el viaje contemplando el ala del avión.

Allá abajo, a través de un velo algodonoso de nubes, había un mosaico de cuadrados de color verde. Tierra. El avión iba a aterrizar, y ella tendría que bajarse de él. En un país extranjero. El sitio más exótico donde había estado Ginny era Florida, y nunca antes había viajado sola.

Por fin se decidió a soltar el sobre, que depositó sobre las rodillas. Era evidente que había llegado el momento de abrirlo. De averiguar qué le había preparado la tía Peg.

Despegó la solapa y metió la mano en el interior.

El paquete contenía una serie de sobres muy parecidos al primero. Eran todos azules. De papel grueso, de buena calidad. Como los de las papelerías elegantes. El anverso de cada sobre estaba decorado con pluma y tinta o acuarela, y todos estaban unidos, formando un pequeño fardo, con una goma muy estirada que les daba dos vueltas.

Y lo más importante, cada uno de ellos estaba marcado con un número, empezando por el dos y terminando por el trece. El sobre #2 mostraba el dibujo de una botella con una etiqueta que decía: ÁBREMEN EN EL AVIÓN.

Y eso hizo.



Querida Ginger:

¿Qué tal en El Cuarto Fideo? Cuánto tiempo, ¿eh? Espero que te hayas tomado algún buñuelo de jengibre a mi salud.

Soy plenamente consciente de que te debo una explicación sobre un montón de cosas, Gin. Permíteme empezar hablándote de mi vida en Nueva York antes de que me marchara, hace dos años.

Supongo que sabrás que me gané muchas críticas de tu madre (porque siempre se preocupa de la discola de su hermana pequeña) por no tener un «trabajo de verdad», y por no casarme, y por no tener hijos, ni casa, ni perro. Pero yo estaba a gusto así. Me parecía que estaba haciendo las cosas bien y que otra gente las hacía mal.

Hasta que un día de noviembre tomé el metro para ir a mi nuevo trabajo temporal. Aquel ciego del acordeón que siempre va en la línea 6 estaba tocando el tema de *El padrino* justo en mi oído, como hacía cada vez que viajaba en la línea 6. Y después me bajé en la calle 33 y me compré un café aguado y requemado en la tienda de *delicatessen* más próxima por 89 centavos, como hacía siempre que empezaba un nuevo trabajo temporal.

El de aquel día era un trabajo en una oficina en el Empire State Building. Te confieso, Gin..., que el viejo Empire State me pone un poco romántica. Con solo mirarlo me entran ganas de ponerme a cantar canciones de Frank Sinatra y mecarme. Estoy enamorada de un edificio. Había estado allí varias veces, pero nunca para trabajar. Siempre supe que había oficinas, pero la verdad es que nunca había terminado de asimilar ese detalle. Al Empire State Building no va uno a trabajar. Va a declararse. Se lleva una petaca a escondidas y brinda por toda la ciudad de Nueva York.

Y cuando me acerqué y me di cuenta de que estaba a punto de entrar en aquel hermoso edificio para archivar documentos y hacer fotocopias, me detuve. Con demasiada brusquedad, por cierto. El hombre que caminaba a mi espalda chocó contra mí.

Algo debía de ir muy mal si entraba en el Empire State Building con esa intención.

Y así empezó todo, Gin. Justo allí, en una acera de la calle 33. Aquel día no me presenté en el trabajo. Giré sobre mis talones, volví a tomar el metro y me fui a casa. Y pese a lo mucho que me gustaba mi apartamento, algo en mi interior decía: ¡Ahora es el momento! ¡Es hora de

marcharse! Como el conejo de *Alicia en el país de las maravillas* que va corriendo mientras dice: «¡Voy a llegar tarde!».

Lo cierto es que no sé decirte adónde llegaba tarde. Pero era una sensación tan intensa que no fui capaz de librarme de ella. Llamé y dije que estaba enferma. Di mil vueltas por el apartamento. Estaba haciendo algo mal. Llevaba demasiado tiempo viviendo cómodamente en él. Hacía trabajos aburridos.

Pensé en todos los artistas que había admirado. ¿Qué habían hecho? ¿Dónde vivían? Bueno, la mayoría de ellos vivían en Europa.

¿Y si me iba a Europa sin pensármelo dos veces? ¿En aquel mismo momento? La gente a la que yo admiraba había pasado hambre en ocasiones y ganaba lo justo para vivir, pero eso les había ayudado a ser más creativos. Y yo quería crear.

Antes de que se pusiera el sol, ya había reservado un billete para Londres. Pedí prestados quinientos dólares a una amiga para poder comprarlo. Me di un plazo de tres días para organizarlo todo. Varias veces tuve el teléfono en la mano para llamarte, pero no sabía qué decirte. Adónde iba, por qué... No tenía respuestas. Ni siquiera sabía cuánto tiempo iba a estar fuera.

Y ahora tú te encuentras en la misma situación. Estás a punto de llegar a Inglaterra sin tener ni idea de lo que te espera allí. Tu ruta, tus instrucciones, están en estos sobres. Pero hay una pega: solo puedes abrir uno cada vez, y únicamente cuando hayas completado la tarea que encierra cada carta. Confío en tu honradez; podrías abrirlos todos ahora mismo, y desde luego yo no me enteraría. Pero te lo digo en serio, Gin. No funcionará a menos que los abras exactamente como te he indicado.

Cuando aterrices, tu primera tarea será ir desde el aeropuerto hasta el sitio donde te vas a alojar. Para hacerlo tendrás que tomar el metro, también conocido como *tube* (igual que en Estados Unidos lo llamamos *subway*). Te he metido un billete de diez libras. Es ese papel morado con el retrato de la reina.

Tienes que llegar a una parada llamada Angel que está en la Línea Norte. Te encontrarás en una zona de Londres llamada Islington. Cuando te bajes, saldrás a Essex Road. Gira a la derecha. Sigue recto durante más o menos un minuto hasta llegar a Pennington Street. Luego gira a la izquierda y busca el número 54a.

Llama a la puerta. Espera hasta que te abran.
Aclara y repite la operación tantas veces como
sea preciso hasta que la puerta se abra.

Con cariño,

TU TÍA LA FUGITIVA

Posdata: Te habrás dado cuenta de que el sobre
también contiene una tarjeta del Barclays Bank
para el cajero. Por supuesto, no sería seguro
escribir aquí la clave. Cuando llegues al 54a,
pregunta a la persona que vive allí: «¿Qué le
vendiste a la reina?». La respuesta a esa
pregunta es la clave. Cuando hayas hecho todo
esto, podrás abrir el sobre #3.